

La entelequia de la cultura

"La cultura es una manera de ver el mundo; unas cuantas piezas de información no tienen nada que ver con ella". Alfred North Whitehead.

DIEGO ARECES

PRÓLOGO

He de decir, antes de nada, que este trabajo no tiene nada que ver con "El mito de la cultura" de Gustavo Bueno, editado recientemente, más que el mismo espíritu desmitificador de la cultura. Su concepción se remonta a más de ocho años atrás, lo que demuestra que no es, por supuesto ni un plagio, ni siquiera una adaptación de la idea de Bueno, pues como digo, su origen es anterior a tener cualquier noticia sobre lo que estaba trabajando el fundador de la "Escuela de Oviedo".

También he de dejar claro que quien base su vida en la cultura no debería seguir leyendo (lo cual será difícil pues el presente artículo es una fuente de datos que no desdenará, pero aun así, insisto), porque se le puede venir el mundo encima si no acepta lo que digo como un sofisma, el sarcasmo de un cínico o una verdad con la que hay que aprender a convivir; yo aún no estoy seguro de cuál de éstas es.

INTRODUCCIÓN

La cultura tiene hoy en día un prestigio, una relevancia social que nadie (o casi) se atreve a poner en duda. No voy a detenerme a analizar históricamente el origen de tal mito (quien desee infor-

mación al respecto le remito al libro de Bueno). Lo que me propongo realizar es un análisis de porqué tiene esa relevancia, que nada más alcanza.

LA ENTELEQUIA

La segunda acepción que da el Diccionario de la Real Academia de la Lengua de la palabra "entelequia" es "cosa irreal". La cultura hoy todo el mundo la valora, la estima, pero nadie sabe realmente lo que es. Se saben decir definiciones negativas (no es...) pero ninguna positiva. Es como una especie de idea suprapersonal, que pertenece al inconsciente colectivo, aunque no me atrevo a afirmar tanto (habría que investigar si en otras culturas tienen ese concepto, si es un arquetipo universal, ¿o será de origen greco-latino?). Tiene una consideración mejor que el dinero, el poder o el deporte. Lo que intentaré demostrar en lo que sigue es que no hay razón para ello.

El hombre, salvo en las promesas que ofrecen la mayoría de las religiones a sus adeptos, sólo tiene una forma de "inmortalizarse", de pervivir después de su muerte: ser recordado por los hombres. En realidad no es hacerse inmortal, pues los hombres algún día se extinguirán, y por lo que parece el mismo universo tendrá fin, pero en comparación con la vida humana, ser recordado y que hablen de ti

durante unos cuantos siglos es una eternidad, y por otra parte es lo máximo a lo que se puede aspirar; bueno, ahora se pueden enviar mensajes personales o tus cenizas al espacio, pero si nadie las recibe nunca y es más, las descifra (por ahora, que sepamos, solo los humanos pueden hacerlo, y no todos), el esfuerzo sería baldío. Pensad si no en un escritor: deja su obra escrita, pero imaginad que esté toda ella en un cofre enterrado sin que nadie lo vaya a descubrir nunca, jamás. Lo que nos viene a la cabeza es qué desperdicio de tiempo y esfuerzo: no ha conseguido la inmortalidad.

Para ser recordado por los demás sólo hay una manera de hacerlo: ser diferente, destacar en el rebaño. Hay muchas formas de hacerlo: tener dinero, tener poder, tener cultura. ¿Por qué ha de ser una de ellas más digna de elogio que las demás si todas pretenden lo mismo y por el mismo método: autotranscenderse por medio de la diferencia con los demás? Tener dinero nos permite vivir bien, con seguridad, pero una vez llegado a un límite la diferencia entre tener esa cantidad o tener el doble ya no influye en el nivel de vida, sólo en lo "especial" que eres. Lo mismo sucede con el poder. Pues bien, lo mismo ocurre con la cultura. La consideración de que una persona culta tiene no es por ser buena persona -hay hombres cultos que son unos indeseables (por ejemplo, Mussolini, sin ir más lejos)- ni por tener espíritu de sacrificio -los deportistas no están ni de lejos tan bien considerados, por mucho que puedan ser admirados- ni por el tiempo invertido -a un instrumentista no se le considera igualmente y seguro que ha invertido más tiempo para ello, pero no tiene ese "aura", a fin de cuentas, ¿qué sabe hacer?: "solo" puede tocar un instrumento cuando el otro puede hablar sobre mil temas-, una retahíla de datos es más impresionante.

Por un niño que va mal en la escuela si no se dice ya que es un genio -pues después de Einstein, que era un genio con malos resultados en la escuela, o los superdotados, a quienes les puede ocurrir lo mismo, se ha extendido la falacia de que si eres malo en la escuela ello impli-

ca que eres un genio, cuando lo verdadero es que si eres un genio puede que saques malos resultados académicos- se dice enseguida "no, si ser es muy listo, lo que pasa es que es un vago". ¿Por qué se valora más ser listo aunque vago, y no tonto pero trabajador, que lleva a lo mismo? Pues bien, porque trabajador se puede llegar a serlo, mediante disciplina y método, pero listo se es o no se es (con ciertos matices, como ha demostrado Laszlo Polgar, entre otros, pero eso sigue siendo un debate abierto: ¿quién tiene la razón, Eysenck o Kamin?), es decir, se es diferente pues eso "no hay manera de cambiarlo", ya que es de creencia común que la inteligencia es algo congénito, aunque como digo hay una polémica al respecto pues en la primera generación de descendientes de individuos escorados hacia la derecha o la izquierda en la distribución normal que describe a la sociedad se suele tender hacia el centro; en otras palabras, que el hijo de un genio o de un idiota tiene mucha mayor probabilidad de salir mediocre que parecerse en eso a su progenitor, lo que no doy por seguro es que la probabilidad de ser un genio siendo hijo de un sujeto normal sea mayor que siéndolo de otro genio, aunque si es así, es evidente que no está calado en la sociedad.

Volviendo al tema de la cultura, no todos los conocimientos son igual de dignos. Para empezar, la idea de cultura que se tiene es la de acopio de datos, no la de amplitud de miras. Y no sólo eso, sino que son datos que pueden salir a relucir en una conversación, que se puede asombrar a los demás con ellos; es una cultura literaria. No se considera culto a alguien que sea un experto en análisis funcional y sí al que lo sea en literatura hispanoamericana del siglo veinte. Ahora diréis que no es culto el que sabe solo de una cosa; está bien: pensad en alguien que sea físico, químico y biólogo y en otro que sea filólogo, filósofo e historiador, intuitivamente se cree que es más culto el segundo; es una apreciación cualitativa: no todos los saberes están igual considerados. Y además no son igual de dignos todos los saberes: no es lo mismo saber de mecá-

nica que ser un ingeniero industrial dedicado a la construcción de motores. ¿Por qué? Estamos otra vez en lo mismo, porque la mecánica no es algo especial, la conoce mucha gente, es accesible, y la ingeniería no tanto. Así, no es lo mismo saber gallego que saber arameo o copto. Y es más, tampoco vale sólo saberlo, sino que también influye por dónde se haya aprendido. No está igual considerado saber algo por haberlo estudiado en un denso manual de la materia que haberlo descubierto en un libro de divulgación ni mucho menos en un documental de televisión. Y otra vez por lo mismo, porque ver la televisión es algo al alcance de todo el mundo, y un texto específico no.

Por lo tanto, para ser alguien y poder destacar por encima de los demás hemos de saber cosas poco comunes, que poca o ninguna persona haya hecho antes y que no sean accesibles a la mayoría (una vez oí a un experto en cibernética decir que le gustaba su trabajo porque cada día estaba haciendo algo que nadie había hecho antes, y que no soportaría estar cambiando ventanas, pues es algo que ya había hecho antes otras muchas personas). Pero eso, el ser un científico o un sabio tampoco es ya suficiente, pues aún así hay ya mucha gente: es necesario destacarse también entre ese grupo de élite. Y la manera de hacerlo no es ya con más datos, pues siempre habrá uno que tenga más y/o más raros, es necesario otra cosa. Bien, pues esa cosa es volverse al vulgo, ser un tipo corriente, y/o ser un excéntrico. Es como el antídismo para destacar entre los divos. Y así tenemos a los sabios o los científicos que tiene aspiraciones mundanas. Así tenemos a Einstein que sacaba la lengua en una fotografía y tenía tiempo para enamorarse y tocar el violín: tenía pasión y no era solo una mente racional, George Smoot, que vive solo (por ahora la mayoría de la gente tiene familia, si fuera lo contrario entonces lo que habría que hacer es crear una familia para destacarse de los que viven solos, absorbidos por su trabajo), Feynman que tocaba las congas, etc. Pero, con la extensión a más capas de la

sociedad de la formación universitaria y por lo tanto de la investigación, pronto habrá muchos que estén en esas condiciones. ¿Qué habrá que hacer entonces para destacar? Es solo cuestión de tiempo esperar y ver qué sucede. Para mí es incluso divertido, pues es algo que veo venir sin que nadie más parezca darse cuenta. Puede que me equivoque, pero lamentablemente creo que no: la conciencia socrática o taoísta de la vida no está hoy en día muy presente en la cultura occidental, pero es lógico; nunca lo ha estado.

En definitiva, que la cultura no tiene razón de tener más estima social que otras cosas, pero puede que sea lógico el intentar con ella, como se intenta con otras, alcanzar cierta forma de inmortalidad: el instinto más fuerte en el mundo animal es la supervivencia de la especie, después la supervivencia propia (¿tendrán los chimpancés, que según parece tienen consciencia de la muerte ajena y propia, actos excéntricos para ser recordados por los demás?), y una vez conseguido esto, ¿por qué no la supervivencia del nombre, apellidos y actos, de la identidad?

ANEXO

Hasta ahora sabemos que la cultura puede ser un intento de conseguir cierto tipo de inmortalidad, lo cual concuerda con lo dicho por Otto Rank, quien afirma que "el principal deseo del ser humano es perdurar, prosperar, encontrar algún tipo de inmortalidad".

Ya hemos visto que el poder puede ser una sublimación del instinto de sobrevivir la identidad a la muerte (ahora mismo en Rusia se demuestra el poder no solo por conducir un Mercedes-Benz, sino por las dimensiones y lujo del mausoleo; no es algo nuevo, pensad si no en las pirámides de Egipto). Adler daba más importancia al poder que al sexo, desmarcándose así del canon freudiano del psicoanálisis. No me introduciré en el tema del sexo, pero sí en el del amor. ¿Puede considerarse que se pretende ser

amado para ser así alguien especial, aunque solo sea para una persona? (Por qué si no los celos: sino porque ya no eres el único en la tierra, aparte del instinto animal de que solo se transmitan tus genes, pero eso con las modernas técnicas contraceptivas ya está solucionado). Sería interesante investigar si los animales más inteligentes tienen, por una parte y como dije antes, verdadera concepción de la muerte, ajena y propia, y si desarrollan comportamientos de pareja más refinados que el puramente sexual. Para ello habría que estudiar los niveles de hormonas y neurotransmisores en especies que no sean tan avanzadas en inteligencia, y después compararlos con los que se obtengan al estudiar animales como el delfín, el orangután, el chimpancé, etc., es decir, cetáceos y simios, que es lo que se acepta hoy día como más desarrollados intelectualmente. Porque, ¿cuál es la razón, en términos de la evolución, de que exista el amor en los humanos? Lo que yo postulo es que es para autotranscenderse. Como digo, una manera de comprobarlo sería ver si en animales con la concepción de la muerte también tienen el amor. Pero eso es algo que, por lo que yo conozco, está todavía por hacer. Lo que es innegable es que en nosotros existe el amor, y además es ajeno a cualquier tipo de patrón cultural: está presente en todo el mundo y durante toda la historia. Y algo así de inherente a la condición humana debe tener alguna explicación en términos evolutivos, y si es algo exclusivo o casi exclusivo del género humano no es porque sea un residuo vestigial, sino porque ha sido expresamente desarrollado para cumplir una función en la vida de cada ser humano, y a mí no se me ocurre otra que la que he postulado: convertirse en alguien especial, sin comparación entre toda la humanidad, aunque sólo sea para una sola persona (que después son más pues para los hijos, al menos en un principio, también hay esa entrega incondicional, ya que es otra forma de amor, y no menos legítima como ya destacó Erich Fromm en su célebre libro homónimo del de Ovidio "El arte de amar"), pues a fin de cuentas el número de per-

sonas a las que podemos tener acceso profundo son relativamente pocas y sólo en ellas, salvo en el caso de la fama, que no describiré pues por mi análisis previo lo doy por visto, se puede llegar a crear tal impresión de singularidad, al conocernos bien.

¿Qué prefiere uno: ser amado y alcanzar así una inmortalidad relativa (a una persona) o tener una cultura descomunal, en el sentido de hacer acopio de datos en grado sumo, lo cual da una inmortalidad también relativa, pero a más gente? Las respuestas son diferentes según el individuo. El ya citado Georges Smoot, responsable del proyecto COBE que descubrió las irregularidades en la radiación de fondo de tres kelvin, lo cual reforzaba la tesis del Big Bang pues sin esas irregularidades no era explicable que de algo uniforme se formara el universo profundamente irregular (se reparten galaxias y porciones de materia entre grandes espacios cuasivacíos) y por lo que probablemente le den el Premio Nobel un año de estos es prototipo de un caso: el centrarse en su trabajo y abandonar toda vida al margen de la tarea científica (o artística o lo que sea en otros casos). Hay muchos otros ejemplos, de los cuales todos conocemos alguno. Por otra parte están los que se concentran en la relación con las personas, como la Madre Teresa de Calcuta, por poner un ejemplo. También hay una tercera vía: no sacada a colación todavía: consagrarse a la espiritualidad, lo cual conlleva ser especial para un dios, el correspondiente en cada caso. Quizá, y al margen de la posible "inmortalidad" que le suceda, lo más gratificante es cultivar ambas parcelas, como hizo Albert Schweitzer. ¿Por qué no disfrutar de todo lo que la vida puede ofrecernos de placentero, por muy alejado de la realidad que esté? De la realidad sólo podemos percibir lo que percibimos, y por lo tanto nunca sabremos si estamos en un error o no. A fin de cuentas, como alguien que se agarra a la fe en su último suspiro, quién sabe si lo equivocados no es sino creer que estamos, al tomar la postura de volcarse en el estudio, finalmente equivocados.